

**LA ALEGRÍA DE DIOS
RESUCITADO**

LA ALEGRÍA DE DIOS RESUCITADO

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web: (El audio es grabado por Jorge Lapuente)

www.eresbautizado.com

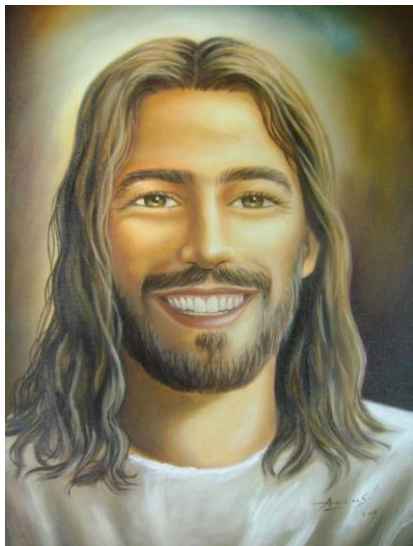
<https://www.facebook.com/eresbautizado>

Primera Edición

JUNIO 2017

5,000 Ejemplares

LA ALEGRÍA DE DIOS RESUCITADO



La alegría de Dios, es cuando resucita Jesucristo y sube a su reino, con su madre la Virgen Maria, los Apóstoles, los santos, los Angeles, Arcángeles y de manera especial con el Espíritu de Dios.

Para disfrutar con Dios Padre la Vida eterna. También le causa alegría a Dios, cuando bautizan a alguien y lo aceptan en la familia de Dios. Cuando los católicos rezan, le da alegría a Dios. Nuestro Salvador ha nacido hoy; alegrémonos. No puede haber, en efecto, lugar para la tristeza, cuando nace aquella Vida que viene a destruir el temor de la muerte y a darnos la esperanza de

una eternidad dichosa. Que nadie se considere excluido de esta alegría, pues el motivo de este gozo es común para todos; Nuestro Señor, en efecto, vencedor del pecado y de la muerte, así como no encontró a nadie libre de culpa, así ha venido para salvarnos a todos. Alégrense, pues, el justo, porque se acerca la recompensa; regocíjese el pecador, porque se le brinda el perdón; anímese el pagano, porque es llamado a la Vida.

EL Reino de Dios consiste en la alegría de manera general y absoluta, que se trata de una alegría o gozo en el Espíritu Santo. Él sabía de sobra que existe otra alegría, un gozo inefable del cual está escrito: El mundo se alegrará ¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque entonces lloraréis!

Cada uno de nosotros puede decir con plena verdad: Me amó y se entregó por mí con alegría. De ahí debe partir nuestra alegría más profunda,



de ahí ha de venir
también nuestra
fuerza y nuestro
sostén. Si nosotros,
por desgracia,
padecemos
amarguras y
sufrimientos,

experimentamos incomprendiones y hasta caemos en pecado, que rápidamente nuestro pensamiento de fe se dirija hacia Aquel que nos ama siempre y que, con su amor ilimitado, como es el de Dios, que hace superar toda prueba, llene todos nuestros vacíos, perdone todos nuestros pecados y empuje con entusiasmo hacia un camino nuevamente seguro y alegre.

Al nacer el Señor, los ángeles cantaron llenos de gozo: Gloria a Dios en el cielo, y proclamaron: y en la tierra paz a los hombres que ama Señor.

¿Cómo, pues, no habría de alegrarse la pequeñez humana ante esta obra de la misericordia divina, cuando incluso los coros sublimes de los ángeles encontraban en ella un gozo tan intenso?

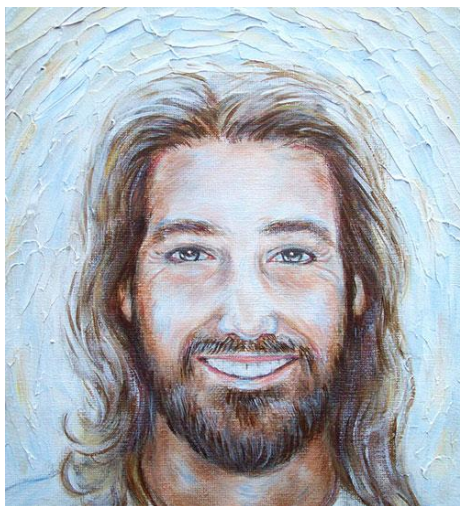
Perdemos la alegría verdadera por el deleite de las cosas temporales. El camino de Dios es de renuncia, de mortificación, de entrega, pero no de tristeza. La alegría cristiana es una realidad que no se describe fácilmente, porque es espiritual y también forma parte del misterio. Quien verdaderamente cree que Jesús es el Verbo Encarnado, el Redentor del Hombre, no puede menos que experimentar en lo íntimo un sentido de alegría inmensa, que es consuelo, paz, abandono, resignación, gozo... ¡No apagues esta alegría que nace de la fe en Cristo crucificado y resucitado!

La alegría espiritual es el principal remo de nuestra navegación. Una persona alegre obra el

bien, gusta de las cosas buenas y agrada a Dios. En cambio, el triste siempre obra el mal.

Vuestras pequeñas cruces de hoy, pueden ser sólo una señal de mayores dificultades futuras. Pero la presencia de Jesús con nosotros cada, día, hasta el fin del mundo, es la garantía más entusiasta y, al mismo tiempo, más realista de que no estamos solos, sino que Alguien camina con nosotros, como aquel día aconteció con los dos entristecidos discípulos de Emaús.

El amor trae consigo la alegría, pero es una alegría que tiene sus raíces en forma de cruz. Mientras estemos en la tierra y no hayamos llegado a la plenitud de la vida futura, no puede haber amor verdadero sin experiencia del sacrificio, del dolor.



Los santos, mientras vivían en este mundo, estaban siempre alegres, como si siempre estuvieran celebrando la Pascua.

Quien practique la misericordia, que lo haga con alegría: esta prontitud y diligencia duplicarán el premio de tu dádiva. Pues lo que se ofrece de mala gana y por fuerza no resulta, en modo alguno agradable ni hermoso.

Si confías en la divina Providencia, si te abandonas en sus brazos omnipotentes, nunca te faltarán los medios para servir a Dios, a la Iglesia Santa, a las almas, sin descuidar ninguno de tus

deberes; y gozaras además de una alegría y de una paz, que te ofrecerá el Espíritu Santo.

Sin lucha, no se logra la victoria; sin victoria, no se alcanza la paz. Sin paz, la alegría humana será sólo una alegría aparente.

El Reino de Dios está dentro de nosotros. Quizás da a conocer que el Reino de los cielos está en nosotros para manifestar la alegría que produce en nuestras almas el Espíritu Santo; ella es como la imagen y el testimonio de la constante alegría que disfrutaban las almas de los santos en la otra Vida.

Si tenemos fija la mirada en las cosas de la eternidad, y estamos persuadidos de que todo lo de este mundo pasa y termina, viviremos siempre contentos y permaneceremos inquebrantables en nuestro entusiasmo hasta el fin. Ni nos abatirá el infortunio, ni nos llenará de soberbia la

prosperidad, porque consideraremos ambas cosas como caducas.

La alegría de Dios debe ir creciendo continuamente. Cristo instituyó el sacramento de la Sagrada Eucaristía; y lo dejó a los suyos como singular consuelo en las tristezas de su ausencia.

Cada vez que nos reunimos en torno a la Eucaristía somos fortalecidos en la santidad y renovados en la alegría, pues la alegría y la santidad son el resultado admirable de estar más cerca de Dios. Cuando nos alimentamos con el Pan Vivo que ha bajado del cielo, nos asemejamos más a nuestro Salvador resucitado, que es la fuente de nuestra alegría, una alegría que es para todo el pueblo. ¡Que la alegría y la santidad abunden siempre en nuestras vidas y florezcan en nuestros hogares! Y que la Eucaristía sea el centro de nuestra vida, la fuente de nuestra alegría.

Siempre estarás gozoso y contento, si en todos los momentos diriges a Dios tu vida, y si la esperanza del premio suaviza y alivia las penalidades de este mundo.

Las fiestas se han hecho para promover la alegría espiritual, y esa alegría la produce la oración; por lo cual en días festivos se han de multiplicar las plegarias a Dios.

La Resurrección de Cristo es Vida para los difuntos, perdón para los pecadores, gloria para los santos. Hay que alegrarse y llenarse de gozo en este día en que resucitó el Señor.

A aquellos a quienes el pesar de sus pecados pasados les tiene sumidos en la tristeza y desazón, derramen en su alma, a manos llenas, la alegría de la ciencia espiritual, cual si fuese un vino que alegra el corazón humano. Infundan alientos en esos corazones apesadumbrados,

llenándolos con la palabra de la salvación, no sea que, acosados por la mortal desesperación, sucumban a la excesiva tristeza.

Más de aquellos que viven en el tedio y la negligencia, sin tener en el corazón el más leve remordimiento, he aquí cómo habla la Escritura: “El que se da buena vida y no sabe de dolores, vivirá siempre en la indigencia”.

Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. El llanto, al que aquí se promete el consuelo eterno, nada tiene que ver con la tristeza de este mundo. La tristeza religiosa es la que llora los pecados propios o bien las faltas ajenas.

Quien despreciando los mandamientos de Dios anda vagando siempre con su concupiscencia, no puede llegar nunca a la alegría perfecta.

La alegría es el amor. Dios ama: por eso es capaz de reír. Dios ríe en los que aman y en los que "dan como, en el fondo del valle, da el mirto su fragancia al espacio. A través de las manos de los que son como ellos, Dios habla y, desde el fondo de sus ojos, él sonrío sobre la tierra".

Esta humilde criatura parece destinada a disolverse, sin rumor, en la nada cuando penetra en la inmensidad de Dios. Sin embargo, la Escritura habla de la risa como imagen y figura de los pensamientos más íntimos de Dios. La Palabra de la Escritura podría llenarnos de admiración, pero queda el hecho innegable de que Dios sonrío en el cielo. Se ríe de la risa, de la tranquilidad, de la seguridad y serenidad. Se ríe de la risa que domina todas las oscuras complicaciones de una historia que es cruel, sanguinaria, loca y vulgar. Ríe con calma. Se podría decir: como si todo esto no tuviese que ver

nada con Él. Lleno de compasión, Él conoce perfectamente el drama amargo de esta tierra. Dios sonrío, dice la Escritura. Y con ello afirma, que incluso la más pequeña sonrisa pura y delicada, que brota de no importa dónde, desde un corazón recto, ante cualquier tontería de este mundo, refleja una imagen y un rayo de Dios. Es una señal del Dios vencedor, Señor de la historia y de la eternidad del Dios cuya sonrisa nos demuestra, que todo en definitiva es bueno.

Dios Padre nos ha anticipado el gozo de la alegría que será eterna. Por medio de Jesús, en Jesús, ha acercado a nosotros la felicidad. Jesús es la Vida eterna, aquella que nos puede hacer perfectamente felices. Su gozo puede trasvasarse a nosotros sí creemos en Él, si acogemos el Reino



que en Él se
hace realidad.
Quien cree en
Jesús es
dichoso, feliz.
A quienes se
acercan a Él,

Jesús los llama "bienaventurados". Jesús dejó sembrada la Alegría en nuestro mundo cuando se fue. Nos envió el Espíritu Santo de su Padre, lo derramó en nuestros corazones. Y el espíritu experimenta el gozo inefable del encuentro con Dios. Un encuentro que se produce en una inmediatez delirante. El Espíritu con sus dones, entusiasma a los hombres y mujeres. El espíritu nos sella para el día de la gran felicidad del encuentro con Dios Padre. Señor, concédeme vivir mi Comunión Eucarística en la verdad del amor, en un encuentro contigo, sabiendo que me amas y te amo, Tú estás conmigo y yo contigo.

